dad conyugal, las crisis o decepciones que pueden surgir a lo largo de la vida matrimonial, la fidelidad, la confianza, la transmisión de la fe y la importancia de rezar por el cónyuge, pues la oración es un medio muy eficaz para ayudar al otro. Participamos en la Iglesia rezando unos por otros. Cuando se reza por alguien, añade la autora, le veo a través de los ojos de Dios. Se trata de purificar el corazón, para que el otro pueda tener cabida en él.

Para finalizar, podríamos decir que la idea madre de este libro, y también de este capítulo, es la idea de que el modelo de amor matrimonial para un cristiano es el amor de Cristo por su Iglesia. «Les invita

a ser imagen de Cristo el uno para el otro y juntos para los demás. Por esto, es tan importante que haya verdaderamente amor en el matrimonio» (p. 154).

La obra en su conjunto trata un amplio abanico de temáticas relacionadas con la imagen de la Iglesia como familia de Dios. Su lectura es sencilla y amena. Se trata de un libro dirigido al gran público, pero que intenta mostrar cómo la consideración teológica de la Iglesia a partir de esta imagen puede servir para entender un poco mejor su naturaleza y para extraer de ella consecuencias prácticas para la vida de sus miembros.

Esther GARCÍA

José Román FLECHA, *El sacerdote en el pueblo de Dios*, Madrid: Edibesa («Vida y misión», 172), 120 pp., 20,5 x 13,5, ISBN 978-84-8407-943-9.

En este librito se recogen las intervenciones del profesor salmantino en *Radio Vaticana*, con motivo del Año sacerdotal. En estas veinticuatro charlas, el autor describe el modelo de sacerdocio en el Cura de Ars, Juan de Ávila y Benedicto XVI. Tras esto acude al habitual binomio vocación-misión. «Descubrir que el sacerdocio nace de una llamada de Dios y de la Iglesia es una luz que ilumina el mismo ministerio sacerdotal» (p. 28). En la vocación destaca el autor la gracia del sacramento del orden, así como su condición de ministro de Cristo al servicio de la Iglesia y de colaborador del obispo. En lo que se refiere a la misión alude al ejercicio de los *tria munera* de Cristo, como «mensajero del evangelio», catequista y misionero; como dispensador de los sacramentos, especialmente de los del perdón –al que le dedica bastante atención– y de la eucaristía; en fin, como pastor de la comunidad que le ha sido

encomendada, así como de los pobres y enfermos.

Se abordan también en estas páginas algunos aspectos fundamentales de orden práctico. En primer lugar, la condición del sacerdote como «hombre de oración» («la oración del sacerdote es la fuente de la misericordia y de la compasión que caracterizan su misión»: p. 65). Después se alude a cuestiones varias como la promoción de vocaciones, la religiosidad popular, la política o el arte sacro y la dignidad de la liturgia. Termina con tres cuestiones: el celibato, la soledad y la ancianidad del sacerdote. «El celibato no es sólo una exigencia. Ni es sólo un don de Dios para el presbítero. Es un don para toda la Iglesia. Así que tanto los sacerdotes como los fieles han de apreciar cordialmente este precioso don del celibato sacerdotal, y pedir a Dios que lo conceda siempre a su Iglesia» (p. 91).

Termina con unas «pautas para la reflexión», como p.e. «organizar encuentros con uno o varios presbíteros para conocer directamente su experiencia sacerdotal, su espiritualidad y sus proyectos personales y apostólicos» (p. 100). El texto aquí reseñado presenta, pues, con concisión y claridad los puntos esenciales de la doctrina sobre el sacerdocio tras el Vaticano II, con vistas a este tercer milenio que estamos comenzando, si bien a veces el lenguaje queda un po-

co poco actual. Cita con profusión el magisterio reciente (especialmente el *Catecismo* y las intervenciones de Benedicto XVI), además de las restantes fuentes de la teología, lo cual ofrecerá una especial orientación al posible lector. Es muy de agradecer este ejercicio de serena y clara síntesis de la teología del ministerio, una vez que ha terminado el Año sacerdotal.

Pablo BLANCO

Guillaume DERVILLE, *La concelebración eucarística. Del símbolo a la realidad*, Madrid: Palabra, 2010, 130 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-9840-396-1.

Guillaume Derville, diplomado por la *École Supérieure de Commerce* de París (1982), y Doctor en Teología (1997), es sacerdote y Profesor Ordinario de Teología dogmática en el Colegio Romano de la Santa Cruz (Roma). Por sus estudios en Jean Daniélou –con su tesis doctoral *Histoire «mystique». Les sacraments de l'initiation chrétienne chez Daniélou* (2000)– se ha interesado por la liturgia, y ha promovido encuentros interdisciplinares sobre la misma en los últimos años. Así lo demuestra, entre otras cosas, su empuje para promover la creación del Centro de Formación Sacerdotal y el Instituto de Liturgia en el seno de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (Roma) en el 2009.

Nos encontramos ante una monografía de gran interés pastoral y teológico. Un libro cuya primera edición en castellano ha sido ligeramente ampliada en las ediciones en francés e inglés del año 2011 (ambas ediciones han sido publicadas por la misma editorial; para la edición en francés: *La célébration eucharistique. Du symbole à la réalité*, Montréal: Wilson & Lafleur, 2011, 120 pp., ISBN 978-2-89689-046-0), y que pre-

senta «una valoración positiva y amorosa de lo que es la auténtica concelebración» (p. 9). Derville lo hace desde la perspectiva de un sacerdote entusiasmado por la liturgia y preocupado por favorecer la piedad del celebrante, por su vida pastoral y espiritual.

El *capítulo primero* sintetiza los datos históricos disponibles sobre la concelebración: desde los libros litúrgicos más antiguos hasta las disposiciones del Vaticano II, y el deseo de los padres conciliares de dar un nuevo vigor a la concelebración. Un rápido análisis de los textos permite extraer motivos de orden teológico, pastoral, espiritual y práctico (pp. 39-42); entre ellos el autor destaca aquel de manifestar la unidad del sacerdocio. Las últimas páginas del capítulo son de gran interés para entender cómo se ha ido abriendo paso la práctica de la concelebración al compás de los documentos de aplicación de *Sacrosanctum concilium*, el magisterio de los papas y los libros litúrgicos (pp. 43-54). Aunque siempre queda a salvo la facultad del sacerdote para celebrar de modo individual, este recorrido tiene un punto de inflexión en la Instrucción *Tres abhinc annos* y, sobre todo, en la Instrucción